

te adversidad que atravesaba la familia de María bajo la dominación sufrida por los suyos, hallábase tan sólo en la recitación ó lectura de viejos profetas y en la esperanza del nuevo Mesías. Los cantos proféticos, en su mayor parte inspirados por las nostalgias del destierro, cuya virtud sugirió aquella elegía nacional sublime, cantada hoy aun en trenos, en salmodías, en lamentaciones, bajo las bóvedas de nuestras iglesias, todos aquellos cantos proféticos habían concluído por generar un conjunto de ideas consoladoras y esperanzas inextinguibles, al cual denomina ya la historia con el expresivo dictado tradicional de mesianismo. ¡Cuántas veces habrían repetido en coro las vírgenes de Nazareth aquellas estancias de Isaías, en las que se anunciaba con belleza verdaderamente poética, de ingenuidad sin par, cómo seca vara petrificada casi por el calor tórrido en los caminos, olvidada á guisa de un abrojo inútil, sin savia y sin olor, había de florecer con galas innumerables y producir ramos de azucenas, resinas de mieles, nidos de palomas! Al oír aquella poesía nacional tan hermosa, modelo eterno del más alto y sublime lirismo, cada joven se creía destinada, según los latidos que oía en su corazón, en sus sienes, en sus pulsos, en sus entrañas, á traer el nuevo David prometido por Dios y aguardado de Judá. La

familia de María, imaginándose con razón descendiente de los viejos sacerdotes y de los destronados reyes, aguardaba con mayor fundamento que las otras, merced á un atavismo generador de tales intuiciones, una designación extraordinaria y extranatural de la más hermosa y más santa entre las doncellas para generar en milagroso engendro al aguardado Mesías. Con su gente bastaba para sugerir á la Virgen aquella esperanza. Los próximos parientes de su casa y estirpe, Zacarías, tío suyo; el Bautista, su primo; en los templos el uno, en los desiertos el otro, debían hablar del término ya próximo á tanto cautiverio como sufriera Israel bajo Roma, la nueva Babilonia, en manos de aquellos Césares, de aquellos tiranos Césares, quienes reproducían en sus altas y soberbias personas los Nabucodonosores, los Baltasares, que mandaran sus hijos á los hornos, sus profetas á las fieras, para caer luego derribados por la cólera celeste, manifestada en apocalípticas revelaciones, por bajo de las bestias.

Además, por Israel andaba entonces validísima la creencia en los ángeles. Tales intermediarios, enteramente disconformes con la unidad que á Dios daban todos los pueblos de origen semita, enemigos encarnizados é intransigentes del antropomorfismo, provinieron de las religiones asirias,

muy copiadas por ciudades como Tiro y por imperios como el fenicio, vecinos y consanguíneos de la inspirada Palestina y del pueblo judío. Los serafines, los querubines, los ángeles, guardan las arcas nómadas y sacratísimas de Israel, á la manera que guardaban templos, altares, santuarios en la vieja Babilonia. Las ideas tienen sus semillas, sus larvas, sus metamorfoseos. Las brillantes alas del mundo angélico brotaron en las orillas del Éufrates, pasando luego con Abraham y sus descendientes desde las orillas del Éufrates á las orillas del Nilo y desde las orillas del Nilo á las orillas del Jordán, adonde llegaron después de haber atravesado Tiro y sus dominios. En estos días de Jesús, el humano espíritu y la humana conciencia tomaban otras direcciones. Los Ptolomeos, encargados por la herencia vinculada en sus nombres de propagar las ideas exarceadas por el conquistador Alejandro, celebraban amorosas nupcias entre las religiones y las ciencias en el seno de Alejandría. Cumpliendo tal destino llegaron de Galilea, en particular, y de Palestina, en general, muchas familias á la desembocadura del río de los misterios, donde su corte sabia, y literaria, y artística, se asentaba entonces. Las gentes de Samaria, con especialidad, habían sido trasladadas por influjo de la política ptolomea á las escuelas alejandrinas. Y como lleva-

ban los ángeles consigo, aquellos ángeles que volarían por vez primera en el cielo de Asiria y que siguieran tantas veces la ruta de Abraham, espiritualizáronlos con ideas platónicas. Para la escuela de Platón, para su primero y más inspirado y más elocuente discípulo el teurgo Plotino, las ideas aparecen cual átomos espirituales del Señor, á modo y manera que los átomos aparecen cual ideas é inspiraciones del éter. Cada idea para Plotino es una revelación. Y cada revelación toma el aspecto, en su creadora fantasía, de verdadero ángel. Para la Biblia los ángeles quedan reducidos á embajadores del Eterno. Con Rafael manda el Señor á Tobías las medicinas indispensables para sus cansados ojos, y con Gabriel manda el Señor á Zacarías, padre del Bautista, los necesarios avisos. El profeta y el ángel constituyen dos estirpes muy privilegiadas en el semitismo judío. Mas para el griego Plotino, ante sus ojos estáticos, dada la tendencia del platonismo á materializar las ideas y á idealizar los objetos, el ángel tiene otras apariencias, reviste otras formas, goza de otra naturaleza, es algo así como soplo del espíritu increado, como nota del concierto inefable que componen las ideas, como calor de luz espiritual, como aroma de celestiales flores, como letras de la divina palabra, como rayos del verbo creador, como efluvios del pensamiento absoluto

un ideal invisible á nuestros ojos de carne, pero clarísimo á la vista intuitiva de la inteligencia en sus delirios de comunicación estrecha con el Eterno.

El mazdeísmo, la religión de los persas, trajo al mundo semita primero y luego al mundo alejandrino la guerra perpetua entre los ángeles buenos y los ángeles malos, que chocan cual dos ejércitos espirituales en lo infinito y en lo eterno. Aquellos sendos genios del sol y del abismo, resplandecientes los unos como estrellas y los otros negros como sombras; ora querubes que se visten del éter, ora dragones que se tragan las estrellas, en contradicción perpetua y en guerra inextinguible; después de haber luchado en los horizontes asirios donde las alturas brillan y relucen con fulgores tan espléndidos y donde los arenales llevan como sobrepuestas miriadas luminosísimas de ideas, reproducense á una en los frescos y en los retablos monásticos de la Edad Media, donde se ven los ejércitos infernales entre llamaradas del abismo y los ejércitos angélicos en el puro y radioso éter. Desde luego un alma israelita, educada en todas las tradiciones judaicas, debía creer entonces en los ángeles del bien y del mal, deseando conjurar á éstos y con aquéllos entenderse y comunicarse. La desproporción infinita que de suyo existe por

ley natural entre la divinidad y la materia, llenábanla todos aquellos pueblos asiáticos, la mayoría por lo menos, con estos genios alados que rodean el universo como los insectos y los pájaros el planeta. No compadeciéndose bien, á su parecer y sentir, la existencia del oscuro mal con la existencia del divino Creador, ideaban legiones de ángeles malos, trayendo al espíritu sus dudas y sus errores, al mundo sus males y sus engaños, mientras los ángeles buenos traen á una verdades, consuelos, mieles, armonías, inspiraciones, felicidad, amor. El toque de la vida estaba entonces en huir á los unos y buscar á los otros. Moisés, que tanto hablara de la creación material, no dijo cosa de la creación angélica. Y, sin embargo, para la mayoría de los pensadores y de los creyentes, así entre los alejandrinos como entre los judíos, por los tiempos de la generación de Jesús, creíase precedente necesario de la creación material y tangible la creación inmaterial y angélica. En estas creencias, muy vulgarizadas y extendidas, ninguna cosa tan fácil como asentir á la idea de una sobrenatural aparición. Hermosa doncella de Nazareth, oyendo á la continua lo que veían ó creían ver aquella familia de sacerdotes adscritos aún al templo y de reyes destronados para siempre, hallábase con seguridad en el caso de confiar sus penas á los ala-

dos y etéreos seres que iban llevando en coros y en legiones el soplo de vida y el espíritu de Dios por los espacios infinitos y entre los seres creados. ¡Cuántas veces aquellos corazones proféticos de las gentes hebreas y semitas sugerirían visiones por las poéticas tardes palestinas, que dibujaran sobre los arreboles del ocaso, figuras, quienes bien pronto se determinarían, rompiendo embriones y tomando relieves; la cabellera de luz caída sobre los blancos hombros; la frente inundada con ideas divinas; los ojos embebidos en misteriosas visiones; los labios vibrando himnos de alabanza; las alas produciendo en su choque armoniosísimo con el éter dulces y concertadas armonías; abrasadas las almas en la fe religiosa y en el amor celestial; dejando por doquier desprenderse de sus vestiduras delicioso aroma y surcar lo infinito con arpas de oro en las manos y coronas de astros en las sienas! Reunidos, juntos, apoyados unos en otros, sobre la tierra suspensos como la mariposa y el ave sobre flores y nidos, remojarían sus labios en los manantiales eternos á fin de comunicar verdades y consuelos á los eternos infelices. No fueron un tiempo. Como sombras sobrepuestas á sombras yacían en los abismos de la nada. Del no sér pasaron al sér, á virtud y por obra de una palabra divina. Ellos no podían mirar á Dios, porque un rayo

de la mirada divina derretiría los ojos en sus hondos huecos. Ellos no podían pronunciar los nombres inefables del Eterno. Pero alababan á Dios en himno sin fin y llevaban por doquier sus mandatos en vuelos sin término. Por consiguiente, la teología bíblica, comentada por los filósofos alejandrinos, había puesto aquellos innumerables seres en lo infinito, dándoles por encargo el rodear toda la creación. El orientalismo semita, enemigo de las personificaciones antropomórficas, veía los ángeles dejar, tras los aleteos suyos, rastros de luz en la inmensidad, vestir de azul claro los espacios celestes, dorar los astros en el éter, atizar el fuego de los almos soles, impeler los mundos fatigados en su carrera, sugerir á las almas ideales infinitos, poner una oda en los labios del nabí revelador y una nota en las cuerdas del arpa mística, difundir las ideas como irradiaciones divinas, animar el cántico de los profetas, mover las piedras del templo animadas al eco de misteriosas voces como la nave al empuje de los vientos, henchir desde las cimas del cielo, donde se halla sostenido por alas de querubines el solio de Dios, hasta los límites oscuros donde comienzan insondables y temerosos los desiertos de la nada.

Había cerrado la noche. Las esquilas del ganado se callaban. Las últimas voces de los jornaleros

llegados tras las faenas usuales al diario descanso, ya se perdían en el callado sueño. Retirábanse los mozos de las rondas y de las serenatas, acostumbrados á esta manera de comunicarse con sus novias desde lejos, porque si había ventanas y puertas allí, no se toleraba el que las doncellas pudieran abrirlas ni mostrarse de ningún modo á los requerimientos amorosos. Todo yacía en calma y sola se hallaba la que debía ser Virgen Madre y glorificar en sí á todas las mujeres. En sus ojos debían brillar á tal hora los pensamientos íntimos que vagaban á la continua por un alma verdaderamente mesianista, inspirada y tierna. Esos presentimientos que parecen recuerdos; esas intuiciones que desentrañan al exterior lo visto en las profundidades más íntimas y más ocultas del sér nuestro; esa contemplación íntima donde las ideas aprendidas en el templo y en el cántico unas, de labios queridos é inspirados otras, en el ambiente intelectual muchas, se alzan llenas de color y dibujadas con delineamientos armoniosísimos; el éxtasis llegado hasta el deliquio y el deliquio llegado hasta la enajenación del propio sér, en una como suspensión de la vida, todo esto debía sentir la Virgen cuando á la callada iba el momento supremo de la incommunicable anunciación acercándose á sus oídos abiertos á todos los vientos del cielo y á todas las

revelaciones del espíritu. Como Judá esperaba en Dios que sonase la hora de cumplirse las profecías, todas las doncellas de Judá, por su parte, debían creer que se cumplirían en ellas, eligiéndolas Dios para mediante ellas y con ellas restablecer la casa de David y restaurar el trono de Salomón. Los que dudan de la finalidad en los seres no han parado mientes en el mundo, en las manifestaciones de su vida. Como las moléculas tienden á juntarse unas con otras por las afinidades; como los soles y los mundos á sostenerse unos con otros en los cielos; como las especies á cumplir el orgánico impulso puesto en su instinto; como las ideas á desarrollarse todas en serie y convertirse á una en materiales objetos, cada sér espiritual tiende, por su parte, á cumplir un fin proporcionado al temperamento fisiológico suyo, al instinto rudimentario, al amor y pasiones que le poseen, al dogma que proclama y al ideal que lo esclarece y anima con sus resplandores y con su calor. Este conjunto de propensiones, al cual llamamos, tratándose de lo segundo y pequeño, inclinación, pero tratándose de lo alto, de lo sublime, de lo eterno, vocaciones, demuestra palpablemente la relación providencial que hay entre las tendencias generales del alma y los fines á cumplir en la vida, fines restantes luego en la historia. Las letras hebreas componen una especie de himno sublime